



EL
1 DE
OCTUBRE
EN TU
LIBRERÍA

LILLI THAL

Mimus

ANAYA

Título original: *Mimus*

1.ª edición: octubre de 2007

© Gerstenberg Verlag, Hildesheim, 2003
© De la traducción: Moka Seco Reeg, 2007
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2007
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Cubierta de Dieter Wiesmüller

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

LILLI THAL

Mimus

Traducción de
Moka Seco Reeg

ANAYA



MONFIEL

—... y la hechicera, en venganza, encerró al príncipe en una torre de piedra sin tejado. El sol le abrasaba, la lluvia y la nieve le calaban hasta los huesos, pero no tenía ningún lugar bajo el que guarecerse. Una vez al día, la hechicera enviaba a un cuervo con un mendrugo de pan, negro y amargo como la hiel, y un dedal lleno de agua, para que lo dejara caer al sobrevolar la torre...

Tanko dejó de hablar. Los otros jóvenes, que estaban sentados junto a él sobre el tronco de un árbol, le miraban conteniendo la respiración. Florín podía sentir la sed abrasadora, el sabor amargo de la hiel en el paladar...

—¡Pero sigue! —apremió Senna—, ¿qué pasa con el príncipe?

Ensimismado, Tanko recogió del suelo un trozo de musgo perfectamente redondo y, mientras lo acariciaba como si fuera un animal pequeño y suave, siguió contando la historia.

—El príncipe clamaba con dolor su tormento, pero solo le contestaban el silencio del cielo y el aullido del viento. La hechicera, después de pensar durante mucho tiempo cómo podía aumentar su sufrimiento, envió a un águila para que...

Un sonoro crujido entre la maleza sobresaltó a los jóvenes.

—¡Vaya espectáculo! —dijo una voz familiar. Al oírla, los cuatro jóvenes casi se caen al suelo del susto—. Los futuros señores de Monfiel sentados en fila y estremeciéndose como palomas torcaces mientras escuchan cuentos de viejas. ¿Por qué perder el tiempo en el patio de armas? El viejo conde Ursio ya tiene a sus monigotes de paja para enseñarles a manejar la espada, ¿no?

De la maleza había surgido un hombre de pelo cano, pequeño y fibroso, que se movía ágil y enérgicamente. La piel de su cara era como el cuero curtido. A pesar de que el conde Ursio era más viejo que Matusalén (al menos eso era lo que se decía entre los alumnos), seguía usando el uniforme de cuero y las espini-lleras de hierro de los espadachines. Se paseó por delante de los cuatro jóvenes como si estuviera pasando revista y, después de fulminar sin piedad a cada uno de ellos con la mirada, se quedó parado delante de Tanko, balanceándose sobre sus talones amenazadoramente.

—¿Por qué no terminas de contar la historia?

Avergonzado, Tanko clavó la mirada en la punta de sus pies.

El conde Ursio cogió aire.

—¡Cuentista! —escupió como si fuera el peor de los insultos—. ¡No eres más que un soñador, solo sabes construir castillos en el aire! ¡Si quieres contar tus historietas, siéntate con las lavanderas! —continuó aullando, como un perro de caza rabioso—: ¡No me extraña que cualquier patán pueda derribarte del caballo! ¿Y tú quieres ser caballero del rey? ¡Lo que vas a ser es un charlatán de feria, y yo te daré una enorme campana para que entretengas a la plebe en la calle junto a juglares decrépitos y a esa chusma que escupe fuego por la boca!

Radbod, que estaba junto a Tanko, no pudo contener la risa. Habría hecho mejor mordiéndose la lengua, porque en seguida el conde Ursio fue a por él.

—Y tú, muchachito —hincó dos dedos en su barbilla y le obligó a levantar la cabeza para que le mirara a los ojos—, ¿qué crees que diría tu excelentísimo padre si te pongo a las puertas de su hermoso castillo? ¿Y si le aconsejo que te cuelgue un par de años más de las faldas de tu nodriza antes de que te vuelva a mandar a la escuela de escuderos del rey?

Radbod iba a cumplir trece años, pero, para su desgracia, tenía un cuerpo demasiado pequeño y escuchimizado. Con los labios apretados, escuchó la desvergonzada ofensa en silencio.

—¡Pero al más gracioso de todos lo tenemos aquí! —el viejo conde se alejó de Radbod y se puso frente a Senna, que casi le sacaba una cabeza—. ¡Qué! ¿A que te crees el mejor de este hatajo de lloricas? ¿A que te gustaría ser el próximo escudero personal del príncipe, después de Sturmius? —A medida que el conde elevaba el tono de voz, Senna se iba encogiendo poco a poco—. ¡Venga, dime! ¿Qué habrías hecho si una horda de piojosos vinlandeses hubiera caído sobre vosotros mientras os contáis cuentos? ¿Transformarlos en ranas con un embrujo?

Senna se atrevió a replicar:

—Conde Ursio, Vuestra Merced sabe muy bien que tan cerca del castillo de Monfiel nadie...

—¡Mira al frente! —dijo el viejo espadachín con voz imperiosa. Con el brazo extendido, señaló a un joven larguirucho que estaba apoyado en su espada al borde del claro—. ¿Acaso Sturmius se sienta con vosotros, mocosos? No, está de guardia, como todo buen escudero de un príncipe. ¡En él sí que puedo confiar!

Sturmius agarró con fuerza la empuñadura de su espada e intentó que no se notara demasiado lo orgulloso que se sentía.

El viejo conde volvió a pasearse por delante de los jóvenes.

—Una lavandera —gruñó con desprecio—, un crío en pañales..., un guasón... —Juntó las manos como si fuera a rezar—.

¡Santísimo Jorge, noble guerrero, escucha mi ruego y haz que estos críos crezcan de una vez!

Florín se mordió los labios para no reír.

—Me habéis olvidado, conde Ursio —dijo cortésmente.

—A mi humilde persona no le corresponde haceros reproches —respondió el conde con una leve reverencia—, su Alteza sabe mejor que nadie que su comportamiento debería servir de ejemplo para sus compañeros de armas en todo momento.

A continuación, sacó un reloj de arena del bolsillo de su túnica y lo colocó sobre el tocón de un árbol.

—¡Os quiero ver en el patio de armas antes de que caiga el último grano de arena! —gruñó—. Con armadura, espada y escudo; a no ser que... queráis saber quién soy. Y, por cierto, ni se os ocurra darle la vuelta al reloj.

Dicho esto, les lanzó una última mirada asesina y desapareció entre los árboles.

—¡Puaj! —Radbod se sacudió como un perro mojado después de un aguacero.

—Es igualito que nuestro viejo perro de caza —dijo Senna—. ¡Ha venido a pie adrede para no hacer ruido! A su caballo le hubiéramos oído a media milla de distancia.

—Si fuera por el conde Lengua Emponzoñada estaríamos todo el rato metidos en el castillo y tendríamos que dormir armados hasta los dientes.

—Es verdad —confirmó Florín—, el conde Ursio duerme siempre armado de la cabeza a los pies. ¿Qué hará el pobre cuando se termine la guerra?

—Ya se inventará algún nuevo enemigo para poder seguir maltratándonos —profetizó Tanko, sombrío—. El conde Ursio necesita tanto mangonear y luchar como el aire que respira.

—Me parece que hoy toca clase de esgrima pasada por agua —dijo Radbod después de escudriñar el cielo—, pero ¿a que no parece importarle a nadie?

Imitando la voz del conde Ursio, gritó con voz cavernosa:

—¿Qué haríais en la batalla, blandengues? ¿Pedir una tregua a los piojosos vinlandeses hasta que se despejara el cielo?

Tanko miraba con preocupación cómo se escurría el tiempo en el reloj, que ya se había tragado la mitad de la arena.

—Será mejor que nos vayamos.

—Pero sin prisas —replicó Senna.

Impasible, sacó como por arte de magia una aguja de marfil de su bolsillo y, después de embadurnarla bien con la resina de un árbol, se inclinó sobre el reloj de arena del conde Ursio.

—Primero quiero saber si aguanta.

—¿Si aguanta qué? —Tanko le miró confundido.

—¡No qué, quién! ¡Pues quién va a ser, el príncipe de la torre! —aclaró Senna mientras introducía su aguja con un golpe certero a través de la tapa de cuero del reloj. Rápidamente, se formaron pegotes de resina y arena, y de repente el tiempo dejó de correr—. ¡Solo un dedal de agua y un pedazo de hiel al día! ¿Sabes lo que es eso? Nuestro príncipe pone el grito en el cielo si no tiene al menos diez de sus comidas favoritas encima de la mesa... ¡Es un milagro que su Alteza Real siga tan flaco! —le dijo a Florín mientras le daba un empujón amistoso en el costado.

—Pero al parecer contigo sí que da resultado —le contestó Florín—. En los tres años que llevas en el castillo de Monfiel te has hecho el doble de grande a lo largo y a lo ancho.

—¡Envidioso!

Con un tirón limpio, Senna sacó su aguja y dijo con satisfacción:

—Bueno, amigos míos, ya que este problema parece estar resuelto, ¿qué tal si de camino al patio de armas nos perdemos un rato?

—¡Vayamos a la cabaña del bosque! —exclamaron Florín y Radbod al mismo tiempo.

Así llamaban a una choza abandonada en la que había vivido un ermitaño. No estaba muy lejos del castillo de Monfiel, y quedaba oculta entre los brotes de los abetos y las zarzamoras trepadoras que la cubrían. Se la encontraron un día por pura casualidad cuando seguían el rastro de un ciervo. Era el lugar perfecto para reunirse durante los próximos días de invierno.

—¡No os atreveréis! —dijo Tanko, mirando con miedo el reloj de arena inutilizado.

—Nadie ha tocado el reloj —puntualizó Senna—, simplemente se ha parado. El conde Ursio debería utilizar arena más fina en sus relojes.

—Nos cortará la cabeza.

Senna suspiró, impaciente:

—¿Cómo es posible que alguien que inventa historias tan apasionantes sea tan cobarde?

«Es verdad», pensó Florín. Era como si Tanko agotara su valor, su ingenio y su sed de aventuras al contar sus historias.

—Vamos a ir a la cabaña del bosque —dijo Senna decidido—, y tú, mi príncipe —se burló haciendo una reverencia exagerada—, guiarás la comitiva. Como bien sabes, tienes que dar buen ejemplo a tus compañeros de armas.

A mitad del camino se puso a llover a cántaros. Parecía que la lluvia cayera, no de nubes, sino de enormes lecheras, y los jóvenes echaron a correr lo más rápido que pudieron. El pobre Sturmius, el escudero personal de Florín, no les quitaba el ojo de encima, y trataba de mantenerse a su altura, pero la espada que le colgaba

del cinto le impedía ir más rápido. Llegaron a la cabaña muertos de risa y calados hasta los huesos. Senna y Radbod, por respeto a su rango, mantenían abierta la desvencijada puerta para que Florín pasara, y le recibieron con una leve inclinación de cabeza. No tuvieron tantos miramientos con su escudero personal: en cuanto se acercó, la cerraron de golpe delante de sus narices.

—¡Muy buena idea, Sturmius! ¡Eso, eso, monta guardia ahí fuera! —gritó Radbod a través de la puerta cerrada—. ¡En ti sí que podemos confiar!

—Pobre Sturmius —dijo Senna pensativo—, ¡tener que montar guardia con esta lluvia! Ser el escudero personal de un príncipe es una carga muy pesada... ¡Me lo tendré que volver a pensar más tranquilamente!

—Hazlo —le contestó Florín, aunque sabía perfectamente que se moría de ganas por ocupar ese puesto.

Florín se quedó examinando el interior de la cabaña detenidamente. Dos semanas atrás, había conseguido convencer a uno de los guardabosques reales para que la arreglara en secreto. Ahora estaba limpia y resultaba mucho más agradable, gracias a los juncos recién cortados que habían esparcido por el suelo y a los voluminosos sacos que habían rellenado de paja. En el hueco empotrado en la pared, donde se hacía el fuego, había una pila de leña seca.

—Esperad —Radbod sacó yesca y pedernal de su bolsillo—, es solo un momento.

Poco después, las llamas crepitaban alegremente, así que los jóvenes acercaron los sacos de paja y pusieron a secar los mantos mojados.

—Mi padre está pensando en sustituir al conde Ursio —reveló Florín—. Es muy posible que sea el duque Bonizo el que se haga cargo del adiestramiento cuando regrese de Norland.

—¿Lo dices en serio? —La mirada de todos sus amigos brillaba de emoción; la fama de guerrero del duque Bonizo era legendaria.

—Pero entonces ya no tendréis más remedio que hacer más grande la escuela —opinó Radbod—. La sala del dormitorio está a punto de reventar por los cuatro costados.

Por el momento, la escuela de escuderos real contaba con veinte alumnos. El rey Filipo la había fundado para que su único hijo, el futuro rey de Monfiel, creciera junto a otros muchachos. Había hecho traer de todas las partes del reino a monjes eruditos y a guerreros experimentados para que enseñaran en la corte, y todas las familias nobles de Monfiel aspiraban a que al menos uno de sus hijos se educara con el príncipe.

—Seguro que el duque Bonizo está ahora al mando de la escolta personal de tu padre —dijo Senna con envidia—. ¡Si al menos supiéramos algo más! Un jinete veloz podría haber llegado hace tiempo...

—Pero solo si hubiera partido de Norland nada más llegar —replicó Radbod—. ¿Además, para qué nos va a mandar el rey Filipo a un emisario si todavía no hay nada que notificar?

—Es cierto —dijo Tanko mientras se frotaba las manos sobre el fuego para que entraran en calor—. Ya veréis cómo dentro de unos días empiezan a llegar los mensajeros. De todas formas, para que no reventéis de impaciencia por saber las noticias que traerán, os las puedo contar ahora mismo.

—¿Ahora también te codeas con los adivinos? —le preguntó Florín a su amigo con una sonrisa.

—Quizá... —le respondió Tanko misteriosamente—. Pero de todas maneras, como el comienzo de mi historia es pura verdad, ¡escuchad! —dijo, mientras se acomodaba sobre su saco de paja—: *Había una vez dos reinos, Vinland y Monfiel...*

—«Había una vez»... —gruñó Senna—. Por mí, Vinland se puede ir al infierno, pero Monfiel perdurará a través de los tiempos.

—¡No me interrumpas! —exclamó Tanko frunciendo el ceño—. *Entre los dos reinos imperaba la guerra, una guerra tan antigua que sus comienzos se perdían en la noche de los tiempos...*

—Tan antigua como los años que yo tengo —puntualizó Senna con aspereza—: catorce.

—Y todo crío de pecho sabe por qué empezó —añadió Radbod—, porque el codicioso de Teodor, aunque apenas puede ver con tanta legaña, le echó el ojo a nuestras minas de plata.

Tanko se cruzó de brazos y dijo con firmeza:

—Se terminó, ya no cuento más.

—Sigue contando, por favor —le pidió Florín. Poder escuchar acontecimientos reales en forma de cuento era extraño y atrayente al mismo tiempo—. ¡Hazlo por mí!

—¡Pero solo porque eres tú! —accedió Tanko, condescendiente—. *Era una guerra despiadada y sin fin, y digo despiadada porque ninguno de los reinos conseguía la victoria. Una y otra vez vivían momentos de calma aparente en los que los guerreros se lamían las heridas y el pueblo castigado podía respirar de nuevo con alivio, seguidos de otros mucho más crueles que los anteriores, en los que las hordas enemigas volvían a saquear con renovada saña ciudades y aldeas, quemando iglesias y casas y asolando los campos. Y lo mismo que pasaba en Monfiel, pasaba en Vinland.*

—Es cierto —dijo Florín, casi susurrando. A pesar de que, gracias a un cerco de defensa muy bien pensado, habían conseguido siempre mantener la batalla como mínimo a cien millas de distancia del castillo de Monfiel, los dirigentes de las tropas habían notificado suficientes atrocidades.

—*Y así pasaron los años* —siguió contando Tanko—, *hasta que un buen día, cuando comenzaba a despuntar la primavera, el rey Teodor...*

—Querrás decir «esta primavera» —le corrigió Radbod.

—... *cuando comenzaba a despuntar la primavera* —Tanko le lanzó una mirada asesina—, *propuso inesperadamente firmar la paz. Y aunque la noticia fue recibida en la corte de Monfiel con gran recelo...*

Tanko se quedaba corto: la primera comitiva que llegó con un mensaje del rey de Vinland acabó de pleno en las mazmorras antes de que pudiera abrir la boca, y no les soltaron hasta que el mismo rey Filipo lo ordenó expresamente.

—... *el rey Teodor no cejó en su empeño, y siguió mandando todos los días una nueva comitiva que, incansable, anunciaba lo mismo una y otra vez: el rey de Vinland deseaba sellar la paz con Monfiel.*

«Hasta que terminamos creyéndolo», pensó Florín.

—*Justo al comienzo del verano, cuando los escarabajos de mayo ceden su sitio en los campos a los escarabajos de junio, se encontraron representantes de ambos reinos en la frontera que marca el río Códix; los vinlandeses acamparon en la orilla occidental, los monfielenses en la oriental. Ancho era el río, por eso cada comitiva eligió para exponer las condiciones de cada reino al hombre que tenía la voz más potente...*

—¡Cómo me hubiera gustado hacerlo a mí! —exclamó Sena, emocionado.

—*Una vez que los pregoneros se quedaron roncós, se hizo evidente que los dos reyes enemigos tenían que encontrarse en persona; pero ni en Vinland, ni en Monfiel, sino en un lugar imparcial: la corte del rey Sikar en Norland...*

—He oído que ahí comen ancas de rana y caracoles —dijo Radbod con cara de asco—. ¡Espero que nuestros hombres mi-

ren bien lo que les ponen en los platos antes de metérselo en la boca!

—*El sol ardía en el firmamento cuando el rey Filipo, acompañado de un magnífico séquito, partió hacia Norland...*

Habían pasado seis semanas desde entonces. El castillo de Monfiel había quedado medio vacío: más de trescientos hombres a caballo, entre ellos todo el consejo real, escoltaban al rey.

—... y dos semanas después llegaron sanos y salvos a la corte del rey de Norland.

—Ahora sí que te lo estás inventando —le recriminó Senna.

—Ya verás que así lo contarán los emisarios —dijo Tanko—. Dirán que el rey de Vinland esperaba con impaciencia la llegada del rey Filipo.

La comisura de sus labios se trocó en una sonrisa pícara.

—Y también dirán que el rey de Vinland es un apestoso calvo, gordo y sin dientes, con los pies planos y que...

Todos comenzaron a reír.

—¡No sigas, Tanko, por favor! —logró decir Florín—. Además, no sabes cómo es.

Tanko cerró los ojos.

—*Al son de los himnos de gloria y de los tañidos de las campanas —continuó pomposamente su relato—, los dos reyes intercambiaron el ósculo de la paz y los dos reinos vivieron en armonía por siempre jamás. Durante todo un año se celebró el nuevo acuerdo de paz con las fiestas más delirantes y suntuosas, pero la más sonada y bella de todas fue la boda del príncipe heredero de Monfiel con la princesa de Vinland...*

Radbod y Senna rompieron a reír estrepitosamente.

—¡Menos mal que no eres un vidente de verdad! —exclamó Senna.

Después de mirar a Florín a la cara, la voz de Tanko sonó insegura.

—Bueno, en cualquier caso... *Por fin reinó la paz, que perduró por los siglos de los siglos, y todos vivieron felices el resto de sus vidas.*

—¡Dios lo quiera! —dijo Florín muy serio.

—Suena demasiado bonito para ser cierto —gruñó Senna—. Bueno, Tanko, ¿vas a contar de una vez por todas qué hace el águila con el príncipe encerrado en la torre?

Durante la cena tuvieron que escuchar en silencio la regañina del canciller, que más bien resultó ser un sermón, porque cada dos por tres hacía hincapié en alguna palabra como «deber», «ejemplo», «responsabilidad» o «respeto». El conde Ursio estaba sentado a su lado con los brazos cruzados, y parecía muy satisfecho.

Otra cara tendría si hubiera escuchado al canciller Arnold preguntar a Florín entre susurros, cuando le daba las buenas noches:

—¡Por todos los santos!, ¿cómo es posible parar un reloj de arena?

—Resina —murmuró Florín lacónicamente.

—¿A que fue Senna? —el canciller Arnold, impresionado, asintió con la cabeza en señal de aprobación—. ¡El muy pillito! Todavía recuerdo con deleite el hoyo que cavó y camufló delante de la cámara calefactora de nuestro venerado y docto padre, o cuando tuvo la increíble desvergüenza de colocar una vejiga de pescado sobre la silla de monseñor Federino... —sumido en sus recuerdos, empezó a reír cloqueando como las gallinas—. ¡Qué estallido cuando se sentó encima! ¡Su Ilustrísima estaba tan abochornado que hubiera dado cualquier cosa para que la tierra se lo tragara!

—¡Con la venia! —puntualizó Florín, orgulloso pero comedido—, la idea de colocar la vejiga de pescado inflada fue mía.

—¡Ah, la riqueza creativa es un don divino difícil de alabar en demasía! —afirmó el canciller del Tesoro con semblante muy serio—, pero espero que en el futuro hagáis derroche de vuestro afán creativo en la geometría euclidiana y en la gramática latina, ¡o al final terminarán diciendo que soy un viejo asno que se deja tomar el pelo por una banda de bribonzuelos!

A la mañana siguiente, un golpeteo persistente en la puerta de su alcoba despertó a Florín.

—Perdonad, mi príncipe, pero es muy tarde —oyó como decía el mayordomo real desde el otro lado de la puerta—, vuestros vasallos se agolpan impacientes a las puertas del castillo.

—¿Qué... qué es lo que decís? —Florín, medio dormido, se incorporó bruscamente.

La puerta se abrió, y el conde De Rueda entró en la habitación. A pesar de que todavía era muy temprano, ya llevaba puesto el traje de ceremonia oscuro con la cadena de oro y el manajo de llaves propios de su cargo.

—¿No habréis olvidado —le preguntó sonriendo mientras descorría las cortinas de la cama— que hoy es vuestro día de audiencia? Me temo que al canciller Arnold no le haría mucha gracia...

—¡Día de audiencia! —Florín cerró los ojos un instante, y al momento ya estaba de pie junto a la cama.

—¿Y Ramón? ¿Por qué no me ha despertado? —exclamó Florín.

La respuesta no se hizo esperar: oyeron una especie de gruñido que provenía del revoltijo de sábanas que había sobre la cama del ayudante de cámara.

El mayordomo real carraspeó, aclarándose la voz.

—Alteza, os espero en el salón del trono —y cerró la puerta tras de sí sin hacer ruido.

—¡Ramón, levántate! —con tanta energía destapó Florín a su sirviente, que las sábanas volaron—. ¿No has oído? ¡Me están esperando!

—Ya va, ya va... No corro, mi príncipe, ¡vuelo! —dijo Ramón mientras levantaba con esfuerzo la cabeza despeinada de la almohada—. Pero primero tengo que encontrar la manera de abrir los ojos —añadió, sin dejar de bostezar.

Poco después, Florín corría hacia el salón del trono con una torta de ciruela a medio comer en la mano y seguido de Sturmius, que ya le esperaba, calzado y con espuelas, delante de la puerta. Por suerte, el conde De Rueda todavía no había abierto las puertas del castillo; ya era bastante desagradable entrar sin resuello en la sala y que a su paso se fueran inclinando todos los escribanos, sirvientes del canciller, la guardia y los pajes que le esperaban, como para encima tener que abrirse paso entre las hileras de vasallos que venían a pedirle algún favor.

—¡Mi príncipe! —dijo el canciller Arnold con el ceño fruncido—, la puntualidad es signo de realeza... ¿Podemos empezar ya?

Mientras Sturmius desenvainaba la espada y se colocaba detrás del trono, Florín se metió a toda prisa el resto de la torta en la boca y se sentó en él.

Ya habían pasado seis meses desde el día en que el rey Filipo, con ocasión del duodécimo cumpleaños de su único hijo, le había nombrado príncipe regente. Era un procedimiento muy común para acostumar al príncipe heredero a las responsabilidades de su futuro cargo. Florín no solo se enorgullecía de haber recibido tal honor, sino también del voto de confianza que le demostraba su padre.

De todas maneras, habría renunciado a más de uno de sus nuevos deberes de buen grado, por ejemplo al *día de audiencia*. Sí, de acuerdo, al principio estas palabras habían sido mágicas para sus oídos: poder recibir a vasallos de todo el reino y escuchar sus penas y necesidades, ser sabio y justo a la hora de administrar justicia... Pero según iba pasando el tiempo, tenía que reconocer que hasta las clases de latín le parecían más interesantes y apasionantes que las audiencias que tenía que soportar cada semana. Era increíble cómo se repetían las mismas peticiones una y otra vez hasta la saciedad: que rebajara o perdonara los impuestos, que las aduanas estaban muy caras, que concediera privilegios, que algunos administradores eran muy avariciosos, que otorgara salvoconductos reales, que los arrendamientos estaban muy caros y los intereses muy altos... Florín se sentía tremendamente agradecido de poder delegar el noventa y nueve por ciento de las decisiones en el canciller Arnold. ¿A quién le interesaban los impuestos y las aduanas? Al anochecer, cuando por fin se cerraban las puertas del castillo, Florín había escuchado tanta frase grandilocuente y manida que tenía la cabeza a punto de estallar, y se había esforzado tanto en sonreír pacientemente a sus vasallos que parecía que las comisuras de los labios se le habían oxidado.

—¿Por qué tenemos que recibir a toda esa gente? —preguntó una vez a su padre—. Todos vienen a lo mismo: a exigir algo, o a quejarse. Las audiencias son aburridas y monótonas.

—Si a ti te cuesta tanto esfuerzo —respondió su padre—, ¿qué crees que diría Nuestro Señor que está en los cielos? Imagínate todos los ruegos y lamentos que llegan a sus oídos continuamente. Hijo mío, suponte que un día Dios se hartara de los hombres y de sus mezquinos ruegos —el rey Filipo cogió las manos de Florín entre las suyas—. ¿No crees que como futuro rey

por la gracia de Dios le debes al Rey de los cielos, de vez en cuando, un día de paciencia?

Su padre tenía razón. Florín no volvió a quejarse, pero como los días de audiencia se le seguían haciendo interminablemente largos, al final terminó por inventarse un pasatiempo que aliviara su aburrimiento: «el acertijo de los sombreros». A eso estaba jugando en ese momento.

—Una capucha de terciopelo gris y gastada —murmuró en voz muy baja cuando se colocó ante él el primero de sus súbditos—. Viene de la ciudad. Me apuesto lo que sea a que empieza diciendo «Majestad» y que tiene alguna disputa con el vecino.

—Majestad —dijo el hombre pequeño y de piel oscura que tenía frente a él—, sumisamente agradezco a su Excelencia la gran merced que me concede al prestar atención a mi humilde ruego. Vuestra gran magnificencia es una bendición para todo el reino, vuestra caridad...

—Buen hombre, tu petición —le interrumpió el canciller Arnold.

—¡Ah, sí, claro! Eh... —logró decir desconcertado, mientras se aclaraba la garganta después de ver interrumpido tan bruscamente el discurso que con tanto mimo había preparado—. Mi malvado vecino, ¡Dios le castigue!, ha movido alevosa y fraudulentamente las piedras que marcan el linde entre nuestras tierras...

Florín se anotó el primer acierto.

La siguiente en presentarse ante el trono fue una mujer.

«Una de las de toca de encaje blanco como la nieve —pensó Florín mientras la mujer hacía una reverencia ante él—. Está recién casada, y su marido la ha enviado porque no puede pagar los impuestos este año. Empieza diciendo: “Mi benévolo...”».

—Mi benévolo príncipe —empezó a decir la mujer muy bajito—, mi querida hermana y yo hemos pensado en consagrar

nuestra vida a Dios en el convento de Santa Clara, pero no tenemos el tálero de oro que cada novicia tiene que depositar en el tesoro del convento cuando ingresa. ¡Oh, príncipe!, si vuestra generosa Excelencia pudiera...

Vale, esta vez solo había acertado en la forma de cortesía, pero sorprendentemente casi siempre resolvía el acertijo: si se trataba de un bonete negro de cura, sin duda alguna tenía que ver con el dinero que se destinaba anualmente a la Iglesia, si se trataba de una cofia de panadero, cómo no, del precio del pan... Cuantas más audiencias presidía Florín, más certeras eran sus predicciones, y encima, jugando, se le pasaba el tiempo mucho más rápido.

De la antecámara de la sala de audiencias llegó un gran alboroto. Enojado, el canciller Arnold levantó la mirada de los documentos que estaban encima de su escritorio.

—¿Qué ocurre?

—Voy a ver —el conde De Rueda salió de la sala—. ¡Buenas noticias, mi príncipe! —gritó en seguida desde la entrada—, acaban de llegar emisarios de vuestro padre.

—¡Por fin! —Florín se volvió hacia el canciller Arnold—. No debemos hacerles esperar, ¿verdad?

—Claro que no —el canciller dejó su pluma sobre la mesa—. ¡Se interrumpe la audiencia!

Le hizo un gesto al mayordomo real y este regresó en seguida acompañado de una comitiva.

Estaba compuesta por cinco hombres que ni siquiera se habían tomado el tiempo de quitarse el polvo del camino de las capas y las botas. Cuando llegaron ante el trono, Florín notó su olor a polvo, a caballo, y a cansancio después de una larga y dura cabalgata. Siguiendo la costumbre, examinó sus cabezas. Los cinco llevaban unos gorros de cuero trenzado provistos de unas

largas cintas, seguramente para atárselos cuando cabalgaban muy deprisa.

«Nunca había visto ese tipo de gorro —pensó lleno de alegría y expectación—, no sé lo que van a decir».

Uno de ellos llevaba un rollo de pergamino sellado. A Florín le bastó un rápido vistazo al lacre verde con un lobo rampante para saber que era el sello real de Monfiel, el mismo que llevaba en su anillo.

El hombre se inclinó.

—Mi príncipe. —Acto seguido, se inclinó hacia la mesa del canciller—. Excelentísimo Arnold.

—Conde Tillo —respondió con voz glacial—. Han pasado muchos años desde la última vez que se dejó ver en la corte de Monfiel. ¿Qué es lo que os trae ante nuestra presencia?

Florín observó con mucho interés al recién llegado. Nunca había visto al conde Tillo en persona, pero sabía que su castillo se encontraba muy próximo a la frontera con Vinland.

—Venimos en nombre del rey Filipo, que...

—¿Y cómo es que os envía a vos y no a uno de sus mensajeros habituales? —le interrumpió el canciller Arnold con brusquedad. A Florín le impresionó el tono frío y cortante que utilizó.

—Simplemente, mi estimado canciller —replicó el conde Tillo—, porque todos los hombres del rey ahora mismo están demasiado ocupados preparando el nacimiento de una nueva era. —Solemnemente, abrió los brazos y anunció—: La guerra entre Monfiel y Vinland por fin ha terminado.

—¡Alabado sea Dios! —exclamaron de gozo Florín y el conde De Rueda al mismo tiempo. También los escribanos y los pajes daban gracias al cielo entre murmullos. Sólo el canciller Arnold permanecía inmóvil detrás de su mesa.

—La mediación del rey Sikar fue todo un éxito —siguió informando el conde Tillo—. Los dos reyes han firmado el tratado y lo han sellado con el ósculo de la paz. Venimos directamente de Belingar, el castillo del rey de Vinland, para entregaros el mensaje del rey Filippo.

—¿Mi padre está en Vinland? —preguntó Florín sorprendido.

—Desde hace diez días. El rey Teodor de Vinland manifestó el deseo de celebrar en su corte una gran fiesta para sellar la paz.

«Una fiesta... tal y como Tanko predijo», pensó Florín con satisfacción.

—Vuestro padre aceptó la invitación de buen grado —continuó el conde Tillo.

En cuanto el conde estuvo lo suficientemente cerca del trono, Florín se dio cuenta de que una cicatriz le cruzaba transversalmente la mejilla derecha, y que cuando sonreía, como ahora, se retorecía como un gusano.

—Al día siguiente de que intercambiaran el ósculo de la paz, partieron los dos reyes con sus séquitos hacia Vinland. Pero será mejor que lo leáis por vos mismo —dijo el conde alargando el pergamino a Florín.

—Si me lo permitís —interrumpió bruscamente el canciller Arnold—, me gustaría ser el primero en examinar el escrito.

Mientras lo leía, el silencio en la sala se hizo tan denso que llegó a ser desagradable.

—Sin duda, la carta ha sido escrita por vuestro padre —anunció el canciller Arnold en un tono de voz más amable—. La firma, el sello y la clave secreta son auténticos.

Salió de detrás de su escritorio y le entregó el pergamino a Florín.

—Podéis leerlo, mi príncipe, va a ser de vuestro agrado.

Florín devoró las palabras. Según iba leyendo, la alegría empezó a chisporrotear en su interior.

—Mi padre me quiere a su lado durante la fiesta —dijo con ojos relucientes—, es... maravilloso.

Tuvo que controlarse para no ponerse a gritar de alegría: la guerra había terminado, su padre era el invitado de honor del rey Teodor, él mismo iría cabalgando a Vinland...

Por el rabillo del ojo, vio cómo el canciller Arnold movía imperceptiblemente la cabeza.

—Puedo ir, ¿no? —dijo Florín rápidamente—. ¡Es el deseo de mi padre, y el mío también!

En lugar de responder, el canciller Arnold se dirigió al conde Tillo:

—Supongo que vuestra intención es acompañar al príncipe hasta Vinland...

—Esa es la orden del rey —afirmó el conde mientras sus acompañantes lo corroboraban moviendo la cabeza afirmativamente.

—No lo toméis a mal, conde Tillo —dijo el canciller Arnold volviéndose a sentar detrás del escritorio—, pero vuestra escolta no es lo bastante numerosa como para proteger al príncipe.

Durante un segundo, Florín vio un destello de ira en los ojos del conde, pero en seguida inclinó la cabeza en señal de acatamiento.

—¿Y qué sugerís, mi canciller?

El canciller Arnold cogió su pluma.

—Veinte soldados de la guarnición del castillo os acompañarán como refuerzo.

—Son demasiados —replicó el conde—, una comitiva tan grande llamaría la atención en todas partes, y cuanto más desapercebidos pasemos, mejor.

El canciller asintió con la cabeza.

—De acuerdo, entonces cinco hombres. Los mejores.

Por un momento, pareció que el conde Tillo iba a volver a replicar, pero en su lugar hizo una reverencia.

—Os agradezco vuestro... apoyo, canciller Arnold.

—¿Cuándo podemos partir? —preguntó Florín, impaciente.

—Cuanto antes, mejor —contestó el conde Tillo—, aunque... —continuó, después de mirarse de arriba abajo— creo que por lo menos necesitaremos hasta mañana para dejar de parecer unos forajidos y convertirnos en una escolta real.

—¡Por mí podríamos partir ahora mismo! —exclamó Florín con entusiasmo—. ¿Cuánto se tarda en llegar a caballo a Vinland?

El conde Tillo le observó detenidamente.

—Con vos... aproximadamente unos doce días.

—¿Cuánto habéis tardado en llegar hasta aquí?

—Diez.

—Entonces también lo haremos en diez días —repuso Florín decidido.

Al fin y al cabo, las dos destrezas reales eran montar a caballo y escalar; ninguno de sus compañeros había logrado superarle en ninguna de ellas, ni siquiera Senna.

—Vuestros deseos son órdenes, mi príncipe. —La cicatriz volvió a retorcerse y Florín tuvo que hacer un esfuerzo para no quedarse mirándola fijamente.

El canciller Arnold dio su asentimiento con un rápido gesto.

—Nuestro mayordomo real os indicará cuáles son vuestros aposentos. Estáis invitados esta noche a nuestra mesa.

La entrada de la sala del trono todavía estaba llena de gente que esperaba ser atendida.

Florín no podía quedarse quieto, como si el asiento del trono se hubiera convertido en una parrilla incandescente. Además, se

moría de ganas de contar a sus amigos las últimas noticias antes de que se enteraran por los pajes o los escribanos.

—Mi buen príncipe Florín —el canciller Arnold se aclaró la garganta—, por lo que parece, mañana a la madrugada partiréis a caballo hacia Vinland. ¿Consideráis necesario que interrumpamos la audiencia antes de tiempo?

Florín miró con nostalgia a través de la ventana hacia el patio de armas, donde sus compañeros de escuela ensillaban en ese momento los caballos.

—No, canciller Arnold.

El canciller se inclinó hacia él y le dijo en un susurro:

—En este momento sería una arrogancia defraudar a toda esta gente que os espera.

Dio la vuelta al enorme reloj de arena que tenía sobre el escritorio, y continuó.

—Solo dos horas más, muchacho, después daré por terminada la audiencia.

Resignado, Florín se apoyó en el respaldo del trono y vio cómo el mayordomo real acompañaba al siguiente demandante ante su presencia.

«Un casco de cuero con hebillas de plata: es un soldado, yo diría que capitán, y empieza diciendo...».

El mayordomo real repartió, como siempre hacía, los panecillos de audiencia que se obsequiaban para consolar a la gente que no había podido presentar su ruego. Unos pequeños panecillos dulces que en la parte superior llevaban estampado el lobo del escudo de armas de Monfiel. Las malas lenguas aseguraban que casi toda la gente que acudía al castillo no venía a pedir, sino a conseguir el exquisito manjar...

Cuando el mayordomo real pasó por delante del escritorio de las actas, el canciller Arnold levantó la cabeza de los documentos y dijo despreocupadamente:

—Mi querido De Rueda, ¿tenéis un momento cuando acabe con estos papeles?

Florín había recorrido la mitad del camino que le separaba de sus aposentos cuando, pensativo, se detuvo. El canciller Arnold siempre tomaba solo las decisiones, eso lo sabía muy bien; si pedía consejo al mayordomo real, es que algo le tenía muy preocupado. ¿Qué podría ser?

Sin pensarlo dos veces, Florín se dio la vuelta y chocó bruscamente con su escudero personal, que como de costumbre andaba pegado a sus talones.

—Sturmius, me he dejado la carta de mi padre en... ¡No! —dijo rápidamente cuando vio que su escudero se disponía a acompañarlo—. Mmm... Me quedaría más tranquilo si fueras a mis aposentos y montaras guardia. Nos encontraremos ahí.

—Como deseas, Florín.

Mientras Sturmius seguía su camino con paso decidido y aires de grandeza, Florín echó a correr sin hacer ruido por donde había venido. Justo al lado de la sala de audiencias había una estancia muy estrecha, llena de armarios y que apeataba a moho, que los sirvientes del canciller utilizaban para guardar los documentos. Para que los sirvientes no se quedaran helados mientras trabajaban, habían empotrado una reja en la parte inferior del muro que daba a la sala de audiencias para que les llegara algo del calor que desprendía la enorme chimenea. No era la primera vez que Florín se tumbaba boca abajo tras la verja para escuchar a escondidas ciertas conversaciones.

—... y precisamente el conde Tillo —dijo en ese momento el canciller Arnold al otro lado del muro, visiblemente enojado—.

¿Por qué lo manda el rey Filipo como emisario y escolta? Cualquiera otro hubiera sido de mi agrado.

—Ya lo habéis oído, era el único del que podía prescindir —respondió el mayordomo real—. Mi querido Arnold, sabéis tan bien como yo que intercambiar el ósculo de la paz no significa nada, es solo un comienzo; ahora es cuando se tiene que negociar la retirada de los soldados, el intercambio de las tierras usurpadas y de prisioneros de guerra... El rey Filipo necesita a su lado a todos sus hombres de confianza.

—Aunque así sea —gruñó el canciller—, le confío al príncipe en contra de mi voluntad.

—Sois demasiado desconfiado, querido amigo —siguió diciendo el mayordomo real para intentar apaciguarle—. Habéis podido comprobar con vuestros propios ojos que el pergamino ha sido escrito por el rey, y como sabéis, existen razones de sobra por las que es importante que el príncipe esté presente en la celebración. Quién sabe... —dijo, bajando la voz—, quizá es la ocasión apropiada para anunciar una boda.

De golpe, se le esfumaron a Florín los remordimientos de conciencia que tenía por escuchar a escondidas, y apretó la cara contra la reja con tanta fuerza que empezó a notar un dolor insoportable.

—¿Entonces se ha concertado el enlace con la princesa de Vinland? —exclamó el canciller Arnold.

—Hace un momento me lo acaba de confirmar el conde Tillo —respondió el mayordomo real—. Sería la mejor manera de mantener la paz durante muchos años. Por supuesto, siempre y cuando dicho enlace sea del agrado de los jóvenes.

Florín sacudió la cabeza perplejo detrás de la reja: ¿Tanko era adivino de verdad?

—Después de tantos años de guerra y odio... —murmuró el

canciller Arnold—. Mi querido De Rueda, viejo amigo, ¿acabará algún día esta pesadilla?

—Si es la voluntad de Dios —respondió solemne— y todos los involucrados son de noble corazón, sí.

—Tenéis razón —dijo de repente el canciller—. Yo sólo soy un viejo loco que desconfía hasta de su sombra. El príncipe tiene que estar presente en la celebración, es solo que... ya sabéis lo que se dice del conde Tillo.

—¿Que durante todos estos años de guerra ha simpatizado y estado al servicio de la corte de Vinland? —preguntó el mayordomo real—. Sí, lo he oído. Pero también es cierto que en ninguna ocasión se le ha podido acusar de haber traicionado al rey.

—El conde Tillo es astuto como un zorro —dijo el canciller—. No confío en él.

Florín oyó el estruendo que hizo el asiento del canciller cuando se levantó de golpe.

—¿Pero por qué justamente él? —volvió a repetir—. ¿Por qué tuvo que elegirle como mensajero? Si le pasara algo al príncipe por el camino... ¡No puede ser!

—¡Sé razonable, Arnold! —dijo el mayordomo real intentando apaciguarle.

—¡Que le acompañe el capitán Albero! Sabes de sobra que con tal de proteger al príncipe sería capaz de dejarse hacer pedazos.

—Hazlo llamar en seguida —dijo, inclinando la cabeza en señal de aprobación—, me encontrará en la cámara de las actas.

El conde De Rueda se rio.

—Actas y documentos, vuestro remedio invencible para ahuyentar las preocupaciones... Yo, por el contrario, prefiero en tales circunstancias un bocado de pastel de ciervo acompañado de un buen trago de rojo malvasía.

Florín ya había oído suficiente; se levantó y salió de la cámara de las actas sin hacer ruido.

Cuando se encontró por la noche con sus amigos, ya se habían enterado de que la paz se había firmado y de que, a la mañana siguiente, partiría a caballo hacia Vinland. Pero todavía le quedaba una noticia que contar.

—¿Prometerte en matrimonio? —exclamaron Senna, Tanko y Radbod al mismo tiempo, francamente horrorizados.

—¡Chitón! —Florín lanzó rápidamente una mirada al canceller Arnold, que con rostro severo y distante estaba sentado junto al conde Tillo justo al otro extremo de la gran mesa. Al parecer, las actas no habían conseguido serenar el ánimo del anciano canceller—. Se supone que yo todavía no sé nada.

—Tanko —dijo Senna con voz apagada—, eres un adivino de verdad. Florín se va a prometer con la hija del rey Teodor... ¡Qué asco! —exclamó sacudiéndose—. Alteza, mi más sentido pésame. ¡Cuánto me alegro de no ser el príncipe heredero!

—Pero si ni siquiera la conoces... —objetó Florín.

—Ni tú —respondió Senna sin alterarse—. Además, no vas a poder elegir... El rey Teodor tiene un montón de hijos, pero solo una hija.

—Con un poco de suerte, a lo mejor es hasta guapa —dijo Radbod, pensativo— y te olvidas de que es una vinlandesa...

—¡Queréis callar! —exclamó Florín—. No olvidéis que ahora hemos hecho las paces con Vinland. El rey Teodor es un hombre maravilloso, su hija un hada encantadora y, además, siempre puedo decir que no.

—Pues yo que tú empezaría a buscar una buena excusa —le aconsejó Tanko—, por si es bizca o...

—... tiene una verruga en la nariz... —añadió Radbod.

—... o el cuello torcido y los pies planos —agregó Senna.

—Pero no te preocupes, en el peor de los casos siempre puedes renunciar al trono y convertirte en un ermitaño —remató Tanko.

—Muy bien —replicó Florín, enfadado—, pero vosotros tres amenizaréis mi encierro.

—¿Pero no te das cuenta? —le preguntó Tanko sonriendo—. En el fondo nos morimos de envidia, estamos a punto de estallar: vas a ir a Vinland a caballo para reencontrarte con tu padre, vas a ser recibido con todos los honores, vas a presenciar una grandiosa fiesta... ¡Si al menos pudiéramos acompañarte...!

—Pero no, claro, nos tenemos que quedar en este castillo, reconcomiéndonos las entrañas —suspiró Senna—, para que un viejo cura pueda seguir haciendo sus exámenes de latín y un viejo podenco tenga alguien a quien enseñar los dientes...

—... y sin la más remota oportunidad de encontrarnos con una hermosísima princesa vinlandesa —añadió Tanko—. Por cierto, ¿os he contado alguna vez la historia, tan triste como verídica, del príncipe de Karintia, que pidió la mano de la hija de un rey? ¡Cómo podía saber el muy desdichado que sobre su elegida pesaba una terrible maldición! La dulce doncella se convertía todas las noches en una enorme araña negra que se dedicaba a atrapar en sus redes a todo ser humano que se cruzaba en su camino, para devorarlo allí donde lo encontraba. Una noche, el príncipe entró en su alcoba y... ¿Pero qué te pasa? —se interrumpió al darse cuenta del terror con que le miraba Florín—. ¡Si solo es un viejo cuento de amas de cría!

Era muy tarde cuando por fin Florín llegó a su alcoba. Ramón, de tanto esperar, se había quedado dormido con sus enormes pies peligrosamente cerca del fuego de la chimenea. A través

de una puerta ligeramente entornada, le llegaron los ronquidos de Muriel. La vieja ama de cría seguía defendiendo a capa y espada el privilegio de dormir en la cámara de al lado. Después de vacilar unos instantes, Florín se acercó de puntillas a la cama de su nodriza.

A la luz de la vela, la cara de Muriel parecía diminuta entre tantas almohadas, tan arrugada como una uva pasa. Tenía que reconocer que solo tenía ese aspecto inofensivo cuando dormía. Durante el día se transformaba en un viejo dragón sediento de lucha al que todos los sirvientes del castillo llamaban Muriel la Murmuradora. Aun así, Florín no podía imaginarse el castillo de Monfiel sin ella. Era tan necesaria como el viejo tilo del patio.

Cuando Florín cumplió dos años, su madre murió. Desde entonces, no había vuelto a haber una reina en la corte de Monfiel.

—Ni que estuviéramos en un convento— solía decir Muriel arrugando la nariz—. En este castillo lo que hace falta son más mujeres. Hace tiempo que el rey Filippo tendría que haber tomado otra esposa. En la corte de un rey tiene que haber una reina y una bandada de damas vivarachas. Mi querido muchacho, lo que necesitas es una madre.

—¿Pero por qué, Muriel, si te tengo a ti?— respondía Florín casi siempre.

Por un lado, porque sabía que a Muriel le gustaba oírlo, y por otro, porque era totalmente cierto. Muriel ya había sido la ama de cría de su madre, y para Florín era abuela, madre y nodriza al mismo tiempo. Desde que tenía uso de razón, ella siempre había estado ahí, a su lado.

Un impropio apagado en el cuarto de al lado le sobresaltó y le sacó de sus pensamientos. Rápidamente, acarició la mejilla de Muriel y se deslizó de nuevo en su aposento, justo a tiempo

para observar con interés cómo Ramón, con la cara contraída de dolor, saltaba a la pata coja de un lado a otro de la chimenea.

—¿Te has chamuscado el pie? —preguntó en tono compasivo.

—¡Por todos los demonios, cómo duele! —renegó Ramón—, ¡justo ahora que quería atizar el fuego para cuando llegarais...!

—¡No mientas, estabas dormido! —replicó Florín.

—Puede que haya echado una cabezadita —reconoció Ramón—, pero no os debería extrañar, si pasáis media noche revoloteando por ahí como una lechuza. ¡Hala! ¡A la cama, mi príncipe! ¡O podéis ahorraros el dormir y empezar a cabalgar!

Todavía cojeando, se acercó a la cama de Florín, descorrió las cortinas, le ahuecó la almohada, cogió la jofaina y la sostuvo delante del príncipe.

—Os voy a echar de menos, a Muriel, a Sturmius y a ti —dijo Florín mientras se lavaba la cara y las manos—. Tanto, que sería mejor que os llevara conmigo.

—¡Tonterías! —gruñó Ramón—. Yo soy vuestro sirviente de cámara, y lo suyo es que os espere en vuestra cámara hasta que regreséis.

—¡Como si no te conociera! —dijo Florín con recelo—. Seguro que pasas más tiempo en los cuartos de las criadas que en mi habitación.

Ramón sacudió la cabeza con indulgencia mientras le ayudaba a ponerse el camisón de seda.

—Mi príncipe, esas ideas no son propias de vuestra tierna edad.

«Pero que me prometan en matrimonio sin preguntar, sí, y encima con una princesa a la que no conozco... —pensó Florín—. ¡Ja!, primero habrá que verla».

No tenía por qué resultar mal a la fuerza; su madre también había sido princesa de un reino vecino, y su padre la había querido más que a su propia vida.

—Esto... Ramón —preguntó Florín con cautela—. ¿Cómo puedo saber si me gusta una mujer?

—Por el olor —respondió Ramón sin dudar un momento—. Si huele a manzanas o a torta de canela recién hecha, es ella. Si atufa a arenque y leche ácida, no le pongáis un dedo encima, a no ser que queráis perder vuestra bonita cara. Y ahora, dejad de desvariar, que es muy tarde.

Le colocó la almohada y le tapó con cuidado.

—Que durmáis bien, mi príncipe.

Tras largos años de enfrentamientos, parece que el reino de Vinland está dispuesto a firmar la paz con el reino de Monfiel. Pero, en realidad, todo es una trampa de Teodor, el rey vinlandés, para destruir a sus enemigos.

Solo Florín, el príncipe heredero de Monfiel, se libra de ser encarcelado en las mazmorras, aunque le espera una condena mucho más humillante: convertirse en el aprendiz de Mimus, el bufón de la corte, el personaje más impredecible y enigmático de todo el castillo.

Florín lo ha perdido todo: el prestigio, la libertad, la dignidad e incluso el derecho a tener alma, y en cualquier momento también puede perder la vida.

Pero la pesadilla no ha hecho más que empezar... ¿Hasta dónde está dispuesto a llegar Teodor? ¿Le queda alguna esperanza a Florín? ¿Será Mimus su salvador, o su verdugo?